

modo mas franco y mas esplicito, enviando socorros de hombres y dinero á los Países-Bajos. Se unió al mismo tiempo de un modo público con los calvinistas de Francia, reanimando cuanto le era posible aquel partido, entonces en mucha decadencia. Redobló la vigilancia en sus estados, creó ó hizo que se crease una vasta asociacion de los ingleses que se mostraban mas celosos por la conservacion de su trono, y que se ligaron con los juramentos mas solemnes de contribuir con sus haciendas y sus vidas á destruir á cuantos enemigos quisiesen trastornarle. No olvidemos que la reina Isabel era sumamente popular y querida en el pais que bajo los auspicios de su buena administracion se enriquecia y prosperaba. Cuantas mas tentativas de insurreccion abortaban, tanto mas odio se concitaba en el pais contra los enemigos de la reina. Y estos sentimientos de adhesion llegaron á ser tan vivos, tan apasionados, que las desgracias de la reina cautiva, dejaban de excitar la compasion del público, porque se la creia impulsadora de todos estos movimientos.

Atenta la reina Isabel á promover en un todo cuantos medios podrian ofrecérseles de seguridad, trató de recuperar en Escocia la influencia que recientemente habia casi perdido por las convulsiones y disturbios de que aquel pais era teatro. El rey Jacobo recibió con muchas demostraciones de benevolencia á los embajadores de Isabel, y la misma acogida tuvieron en su córte los de Escocia. Supo inspirar la reina de Inglaterra temores á Jacobo sobre lo inseguro de su trono en caso de que se llevase adelante las maquinaciones de los católicos contra los dos estados. Y llegó á arraigarse tanto esta idea en el ánimo de aquel jóven rey, que se entibieron mucho sus relaciones con su madre á quien siempre mostraba sentimientos de buen hijo en medio de la especie de guerra política que entre ambos existia.

Mas ni toda esta vigilancia, ni todas estas precauciones de Isabel impidieron que se urdiese una vasta tra-

ma de conspiracion contra su persona, y cuyo desenlace fué verdaderamente lamentable.

Concibió por sí mismo, ó por inspiracion de otros, un tal Savage, el proyecto de asesinar á esta princesa. Segun historiadores, por la mayor parte protestante, se hallaba este hombre movido por varios personajes, hasta por príncipes, hasta por prelados que le habian hecho ver el grande mérito de aquesta obra y encendido su fanatismo hasta el punto de abrirle las puertas del cielo en caso de ser mártir en tan alta empresa. Tambien se le supuso en relaciones con don Bernardino de Mendoza, embajador de España, y con el duque de Parma, quienes estimularon asimismo su celo religioso. Todo es creible y muy probable segun el modo de pensar de aquellos tiempos.

Comunicó Savage su resolucion á otros, ó tal vez fueron todos ellos encargados en un principio de esta empresa. Figuraba entre los principales un tal Antonio Babington, persona distinguida del pais, cuyo nombre citamos por haberle dado á la conspiracion conocida así en la historia. Como el acto debia ser seguido de trastornos no era posible concentrarse el secreto en pocos, por las grandes medidas ulteriores que se debian tomar perpetrado que fuese dicho asesinato. Se celebraron varias conferencias entre un número considerable de conspiradores. Se designaron las personas que debian asesinar á la reina Isabel, las que se habian de apoderar inmediatamente de las riendas del gobierno, las que debian de ser envueltas en la suerte de la reina, las que debian llevar las comunicaciones á las córtes extranjeras, con todos los demas pormenores á que semejantes asociaciones dan origen. Estaban los planes muy adelantados y la cosa á punto de verificarse, cuando fueron descubiertos por un emisario que llevaba cartas á María de Escocia. Como los agentes del gobierno vivian con tanta vigilancia, no les era difícil dar con los hilos de estas tramas, que á veces se descubrian por medio de espías disfrazados con el manto de conspiradores. Llegó pues, así la cosa á oídos del secretario de Estado sir Fran-

cisco Walsingham, y éste la puso inmediatamente en conocimiento de la reina. Convinieron ambos en no comunicarla á nadie, ni aun á los del Consejo privado mientras se dilucidaba mejor este misterio. Se depositaban las cartas dirigidas á la reina de Escocia en un sitio convenido de la cerca de los jardines de su confinamiento. Antes que llegasen á su destino se abrían y deshojaban por Walsingham, quien las volvía cerradas y selladas sin que se sospechase el fraude. De este modo se llegaron á saber muchos pormenores de la trama, hasta los nombres de los conspiradores, y hasta las señas y el traje de los encargados personalmente del asesinato de la reina. Mas temiendo ésta que por querer profundizar la cosa demasiado la ganasen los asesinos por la mano, suspendió de repente todas las pesquisas mandando prender á todos los complicados en la empresa, incluso los dos secretarios de María que llevaban su correspondencia. La prision se llevó á efecto: muy pronto expiaron los conjuradores en un cadalso su delito.

Causó el descubrimiento de este plan una profunda impresion en Inglaterra. Se llenó la generalidad del pais de asombro y de indignacion al ver el peligro que habian corrido los dias de su reina. Redoblaron el celo y las manifestaciones de fidelidad por parte de los individuos de la asociacion, y se esparció la idea de que ya no podia haber tranquilidad en el pais ni seguridad para la vida de la reina, mientras viviese la de Escocia, alma de todas las conspiraciones. ¿Y qué hacer con esta reina? ¿Qué partido se tomaria con ella despues de sofocada tan culpable empresa? Algunas veces la acusaban de complicidad: sus dos secretarios convenian en lo mismo. Hé aquí lo que ocupaba seriamente al Consejo de la reina. ¿Se pondria en libertad á una princesa tan justamente irritada, que en todas partes hallaria vengadores? ¿Quedaría sin castigo tan grande acto de complicidad? ¿Se dejaría á la mano del tiempo, á la de los rigores del confinamiento, el terminar una existencia tan fatal á los intereses

de la Inglaterra? ¿Se pondria en tela de juicio á María Estuarda? Era de todos, el partido mas osado y mas violento. A él se atuvo definitivamente el Consejo, con el consentimiento y aprobacion de la reina, resuelta á todo con tal que saliese de una vez de tanta inquietud y satisficiese del todo sus resentimientos.

La reina de Escocia era extranjera en el pais, una reina independiente, una cautiva por la violacion mas atroz de toda justicia, de toda razon, de toda sombra de derecho. Su enjuiciamiento se presentaba, pues, con el carácter de absurdo, de ilegal y de escandaloso. Mas habian llegado al extremo la irritacion en unos, el temor en otros. Lo que se llama razon de estado triunfó de todas las consideraciones. Se abusaba sin reparo del derecho de la fuerza.

Con el descubrimiento de la trama habia crecido el rigor del confinamiento de María. Se la trasladó del castillo de Boston, donde se hallaba bajo la custodia del conde de Shrewsbury, al de Fortheringay, encomendándola á la guarda de otras personas de inferior rango, considerando que, siendo gentes de menos educacion, no la tratarian con tanto miramiento. Se la destinaron las habitaciones mas frias y mas húmedas, se le escasearon las comodidades, se restringieron sus paseos, se disminuyó el número de sus criados, se hizo, en fin, todo lo posible para que mirase con tédio su existencia. No desconocia la reina de Escocia el triste fin que la aguardaba. Cuando supo el desenlace de la conspiracion y el encarcelamiento de sus secretarios, se dió en un todo por perdida. Aguardaba á cada instante ser víctima de la venganza de su enemiga por medio de un veneno ó cosa semejante, pues otro modo de que se acabase con ella no le comprendia. Así se quedó como atónita, cuando se le presentaron cuarenta comisionados y cinco jueces que por comision del Consejo privado venian á formarle causa como cómplice en la conspiracion fraguada contra la vida de la reina de Inglaterra.

Respondió á los jueces María Estuarda que para nada reconocia su autoridad, y que nadie en Inglaterra tenia derecho de juzgarla; que nacida igual de la reina Isabel y constituida en la misma dignidad, no tenia mas dependencia de ella que la que da el dominio de la fuerza. Esta habia venido á pedir asilo, y solo habia recibido una prision y los mas duros tratamientos: que si no podia desagraciarse de las ofensas recibidas, no las olvidaba ni creia que se quedasen sin su pago merecido; que resignada á todo lo que podia sucederle de peor, no queria agravar su situacion con una bajeza indigna de su rango.

Dos dias resistió María en su resolucion sin que pudiesen persuadirla las razones de aquellos personajes. Mas habiéndosele hecho la reflexion de que esta negativa equivalia casi á una tácita confesion del crimen que se le imputaba, cedió por fin, mas protestando siempre contra la validez de los procedimientos.

Se le leyeron entonces á la reina de Escocia las declaraciones de sus supuestos cómplices; las de sus dos secretarios, y las copias de las cartas que le habian sido interceptadas. Respondió María que ninguna fuerza podian tener las declaraciones de los reos arrancadas muchas veces ó por la esperanza del perdon, ó por el temor de la tortura; que la misma observacion se debia hacer respecto de sus secretarios, cuyo juramento tenia muy poca fuerza habiendo ya violado el que le habian hecho á ella misma de guardar secreto; que en cuanto á las copias de sus cartas, nada habia mas fácil que forjar semejantes documentos. Mostró la reina de Escocia mucha circunspeccion y compostura durante el interrogatorio, y no dió muestras de hallarse intimidada.

¿Era cómplice la reina de Escocia en el plan de asesinato de Isabel? Dificil es el no creerlo así, en vista de lo desesperado de su situacion, de tantas declaraciones que lo aseguraban, del testimonio de sus propios secretarios y del concepto de honrado y justificado que gozaba Walsingham, ante cuyos ojos se habia descifrado la corres-

pondencia, como ya hemos dicho. Que Walsingham fuese enemigo de María, puede suponerse fácilmente, mas entre esta cualidad y la de un bajo falsificador habia una enorme diferencia. Por otra parte, ¿cómo no se le enseñaron á María mas que las copias de sus cartas y no los originales? ¿Cómo no la carearon con sus secretarios que todavia estaban vivos cuando el enjuiciamiento? Son misterios que la razon no alcanza, que abren para la posteridad un campo de conjeturas y controversias. Mas es un hecho, que las principales pruebas de complicidad, las cartas originales de María, no figuraron en aquel proceso.

Los jueces comisionados partieron de Fortheringay, y se dirigieron á Westminter sin haber pronunciado la sentencia. En este punto volvieron á reunirse despues de varias deliberaciones del Consejo. Ante el tribunal volvieron á presentarse los secretarios de María, que se ratificaron en sus declaraciones. Al fin pronunciaron los jueces la sentencia, y unánimes declararon que habian sido cómplices en la conspiracion de Babington, *María, hija y heredera de Jacobo V, último rey de Escocia, comunmente llamada reina de Escocia, reina viuda de Francia*, pues con tales títulos era designada.

El Parlamento confirmó inmediatamente la sentencia que envolvia la pena de muerte, y envió á la reina un mensaje en que se le suplicaba lo hiciese ejecutar en el momento.

En procedimientos promovidos por el espíritu de partido, por el calor de las pasiones, por la sed de represalias y venganzas, no hay que buscar ni regularidad, ni imparcialidad, ni buena fé, ni menos aquella calma y circunspeccion indispensables en todo lo que va á decidir la suerte de los hombres. En el proceso de María se violaron todas estas leyes, como asimismo las de la humanidad, de la hospitalidad, y hasta las de la decencia. Estaba la parte protestante de la nacion inglesa furiosa con tantos planes de conspiracion contra la vida de su

reina, ébria de venganza, espantada con la perspectiva de las tormentas que provocaba sobre el país la mano de María. En esta ocasión siguió el impulso del Parlamento manifestando sus vehementes deseos de que se llevase á ejecución la sentencia recientemente pronunciada. Debíó de estar satisfecha la reina de Inglaterra con tantas pruebas de adhesión á su persona y de odio á la de su competidora. Mas á pesar de verse como al fin de sus deseos, no estaba todavía libre de perplejidades.

Cundió con la velocidad de un relámpago la noticia del proceso de María Estuarda. Causó en los católicos una mezcla de sorpresa y de dolorosa indignación no fáciles de describirse. Inmediatamente hicieron representaciones en favor de la reina desgraciada de Escocia, los de Francia, de España, los príncipes católicos de Alemania y otros puntos de la Europa. Se deja concebir el tono de calor y vehemencia con que estarían concebidos todos estos actos. El rey Jacobo, sensible á la voz de la naturaleza, abogó con ardor por una madre cuyo suplicio iba hasta imprimir una mancha indeleble en el carácter de que estaba revestida. Hacían naturalmente todas estas manifestaciones una impresión desagradable en Isabel, quien si deseaba la muerte de su competidora, no quería cargarse con la odiosidad de ser ella misma la que expidiese la orden de la ejecución de la sentencia.

Por algunos días se mostró indecisa, manifestando su gravísimo pesar por verse precisada á cumplir con un deber fatal que reclamaba de ella la seguridad y tranquilidad de sus estados. Mientras tanto se manifestaba mas y mas la opinión del país en contra de María, con lo que se lisonjaba muchísimo el amor propio de la reina de Inglaterra.

Todavía vacilaba, tal era su opinión, la mancha que iba á echar sobre ella la ejecución de la sentencia. Varias veces manifestó su despecho, quejándose de que sus fieles servidores no previniesen sus deseos sacándola de tan cruel conflicto. Los dos principales encargados de la

custodia de la reina, sir Amias Paulet y sir Drue Drury, á quienes se hizo en frases no muy oscuras esta insinuación, aparentaron no comprenderla. Al fin se les manifestó por lo claro que harían un gran servicio á la reina anticipándose al verdugo en la ejecución de la sentencia. Mas estos hombres llenos de honor, aunque no muy blandos y mirados en su comportamiento con María, se indignaron al verse tenidos en tan poco que se les hiciesen proposiciones tan odiosas, y declararon que eran fieles servidores de la reina, mas no viles asesinos. Cerrada así la puerta para toda ejecución secreta, no quedaba mas medio que el de hacerla pública. Con este objeto mandó la reina que se extendiese la orden (warrant) de la ejecución y se la llevasen, mas todavía se mostró irresoluta en el acto de firmarla.

Al saber la reina de Escocia la sentencia de muerte que sobre ella gravitaba, no mostró ni gran temor, ni gran sorpresa. Dijo que estaba ya muy preparada á este rigor de la fortuna. Que no extrañaba estuviesen sedientas de bañarse en la sangre de una reina extraña, las manos acostumbradas á teñirse en la de sus propios reyes. Mientras tanto, estaba tratada con la última dureza, se le había despojado de todos los signos y consideraciones debidas á la dignidad real, quitándose el dosel que se hallaba en su aposento, sus mismos guardas le faltaron á toda consideración, presentándose delante de ella con su sombrero puesto.

Entregó Isabel la orden firmada de la ejecución al secretario de Estado Davison, con el encargo de presentarla á los señores del Consejo. Apoderados de tan importante documento, sin conferenciar mas con la reina ni tomar sus órdenes ulteriores, entregaron el papel á los condes de Shrewsbury y de Kent, para que inmediatamente pasasen al castillo de Fotheringay á poner en ejecución lo que en él se prescribía.

Partieron los condes acompañados del dean de Peterboroug al punto designado, y presentados á la reina

de Escocia le hicieron saber la orden que llevaban previniéndole se dispusiese para su ejecucion al dia siguiente. Recibió María la comunicacion con rostro firme y sereno, con aquella dignidad que en ciertas ocasiones le era tan característica. Dijo que debia darse por satisfecha y agradecer á Dios hubiese elegido su persona para dar un testimonio de su adhesion á la religion católica en cuya defensa perecia. Inmediatamente se preparó para la muerte, tomando todas las disposiciones con tranquilidad y compostura. Escribió su testamento, distribuyó sus muebles, vestidos y otras alhajas entre sus doncellas y otros servidores, consolándolos á todos con la esperanza de mejor fortuna. Pidió que se le permitiese un sacerdote de su religion que la asistiese en sus últimos momentos; mas le fué esta gracia denegada. Solicitó tambien que se le permitiese morir rodeada de sus servidores para que diesen testimonio de su comportamiento, y fué igualmente desechada aquesta súplica, exceptuándose solo tres que la acompañaban hasta los últimos instantes. Pidió en seguida que se trasladase á Francia su cadáver á fin de que allí le enterrasen en sagrado, á lo que dieron los condes su consentimiento.

Pasó María el resto de la noche rodeada de sus servidores, cuyos gemidos y sollozos no podia reprimir su autoridad, ni el ejemplo que daba de serenidad y de firmeza; cenó parcamente como lo tenia de costumbre, y bebió á la salud de cada uno de los que la acompañaban. En seguida se recogió á su aposento, y por la última vez se entregó al sueño.

Al amanecer del dia siguiente, 27 de febrero de 1587, se levantó, pasó á su oratorio, tomó una forma consagrada que le habia enviado Pio V y guardaba en secreto con el mayor cuidado, previendo la triste situacion en que se hallaba. En seguida hizo que la vistiesen con toda la posible magnificencia que su equipaje permitia. Mientras tanto pasaba los instantes en actos de devocion, sin dar oidos á las exhortaciones del ministro pro-

testante que trataba de auxiliarla en sus últimos momentos.

A eso de las nueve de la mañana se presentó en su habitacion el Sheriff del condado y le anunció que habia llegado su último momento. Se hallaba María de rodillas al recibir esta visita. Sin responder nada, se levantó inmediatamente y con paso lento, apoyada en dos de sus doncellas, se encaminó al sitio del suplicio. Iba vestida magníficamente con manto de terciopelo morado, diadema en la cabeza, en el cuello un *Aguus Dei*, en la cintura el rosario y un Crucifijo de marfil en las dos manos. Así entró en una sala del castillo tendida de negro donde estaban el tajo, las hachas y los verdugos preparados para su suplicio. La acompañaban tambien los dos condes que se le habian reunido en la escalera y el dean que no cesaba en sus exortaciones, empleando frases duras, á proporcion que la reina se negaba á valerse de su auxilio, diciéndole que no se molestase, pues queria conservarse fiel á su religion hasta el último momento. Al fin impuso silencio al dean el conde de Shrewsbury en vista de lo inútil de la conferencia.

Comunicaba la sala con una especie de patio lleno de espectadores sumidos en silencio. Subió María las dos ó tres gradas de la especie de tablado donde estaba el instrumento del suplicio, mientras se leia en alta voz la sentencia de su muerte. Concluido el acto oró la reina en alta voz por las necesidades de la Iglesia, declaró que moria fiel á los dogmas del catolicismo, que solo esperaba misericordia por la muerte de Cristo, á los pies de cuya imágen iba á derramar su sangre. Entonces levantó en alto el Crucifijo y le besó, entregándole en seguida á una de sus doncellas, mientras otras le ayudaban á quitarse el velo y demas adornos de la cabeza para pasar á las manos del verdugo. Con rostro sereno, y la fortaleza que no la abandonó en ninguno de estos críticos momentos, despues de una corta oracion puso la cabeza en el tajo, y mientras uno de los ejecutores la tenia de las manos, le separó el otro la cabeza del cuerpo con un

par de golpes. En seguida la levantó en alto y la enseñó al pueblo chorreando todavía en sangre, y el dean de Peterboroug exclamó en alta voz: así perecen todos los enemigos de la reina Isabel; á lo que el conde de Kent respondió: Amen. Los espectadores se retiraron entonces sin prorumpir en voz de clase alguna.

Así murió á los cuarenta y cinco años comenzados de la edad de María Estuarda, una de las mujeres mas eminentes de su siglo por su hermosura, por sus gracias, por la gentileza de toda su persona, por lo agudo y vivo de su ingenio, por lo fascinador de sus maneras y conversacion, por sus habilidades y conocimientos de la literatura de aquel siglo. Diestra en todos los ejercicios de las damas distinguidas de su tiempo, hablaba con gracia, escribía con elegancia, tanto en su lengua nativa como en la francesa, que con preferencia usaba como la mas conocida y la mas culta. Si como mujer poseyó muchas dotes con tanta perfeccion, no fueron pocas sus faltas y extravíos como reina. Algunos de ellos fueron como inevitables, como efectos forzosos de sus circunstancias. No estaba destinada por la naturaleza, la hermosa, la amable, la elegante y sobre todo la catolica á reinar en un pueblo donde el espíritu de independenciam y libertad tomaba tanto vuelo, donde todo respiraba guerra civil, controversia religiosa. Ni aquel pueblo podia ser sensible á las gracias, al mérito en su línea de la reina, ni ésta comprender todo el interés de aquellas luchas tan encarnizadas. No conoció su posicion y obró en cierto modo á la aventura. Era María una de aquellas mujeres á quienes la falta de circunspeccion origina desazones y pone muchas veces en graves compromisos; en quienes se confunde la demasiada afabilidad con el demasiado desahogo y la ligereza de manera con la licencia de costumbres. Cometió mas imprudencias que faltas graves, y mas faltas graves que extravíos criminales. Procedía la mayor parte de estas faltas de la ligereza de su carácter, de la obstinacion, fruto de una voluntad que no se habia nunca contrariado,

de los principios supersticiosos en que la habian imbuido desde la cuna, y tambien de los malos ejemplos que habia visto en la córte de Francia, donde se habia educado. Impetuosa, ardiente, movida por los caprichos de su imaginacion, ligera en amar, pronta á aborrecer, no habia entre tantas pasiones, entre tan brillantes cualidades, sitio para la prudencia. De su desvío hácia su primer marido, la disculpa la conducta poco atenta de éste; mas las circunstancias de su asesinato, deponen fuertemente contra ella. Si verdaderamente no habia sido cómplice en este acto tan criminal, tan alevoso, la sola circunstancia de haberse casado con el que públicamente se designaba como el asesino, imprime una mancha indeleble en su memoria. Por lo demas si María Estuarda fué culpable de muchos estravíos, los espió de la manera mas cruda y mas horrible. Se contrista la imaginacion al contemplar aquella mujer en lo mas florido de sus años detenida en cautiverio en el pais que habia buscado un asilo, y recibiendo tan malos tratamientos de otra persona de su mismo sexo y de su rango. Los diez y nueve años en que sufrió tan duro cautiverio bastarian para quebrantar el corazon mas entero, para abatir el alma de mas temple. Maria sin embargo no perdió nunca la dignidad de su carácter, ni Isabel triunfó jamás de su constancia. Cuanto mas se agravaba su posicion, menos humillada la encontraba su competidora. Durante la última crisis se mostró magnánima y en sus últimos momentos admirable. Si tuvo parte en los planes de conspiracion contra Isabel, la ponía en tan dura precision la conducta tiránica de esta princesa. Nunca se cometió una violacion mas horrible del derecho de gentes, ni se abusó con mas descaro del de la fuerza. La historia y suplicio de María Estuarda forma una de las figuras mas singulares en el gran cuadro del siglo XVI, y se le tendria por una creacion poética si no supiésemos ya por experiencia que la historia se presenta á veces con colores mas fabulosos que la misma fábula.